

LA TARDE DEL LEON

*Diana Magaloni **

Sucedió una de esas tardes rosa-grises y pesadas, esas en las que los paranoicos re-sienten el apocalipsis, y casi siempre tienen razón: el estupor colorido del espacio desata los instintos más animalmente humanos y viceversa. El felino anda al acecho, buscando carne fresca, recordando venganzas y pieles sonrosadas y carnosas de mujer que nunca fueron suyas; luego ese olor a sangre que a fuerza de traspasar el aire se convierte en color y hace de esas tardes noches púrpuras de lunas amarillas y uno logra ver a los cuatro jinetes gritando un milagro que muy bien puede ser la muerte.

Su presencia inevitable de velada amenaza comenzó a llenar todos los espacios y por fuerza las conciencias. En un principio ocupó el lugar del varoncito, tan desesperadamente buscado. El revuelo familiar no alcanzaba límites: sus hermanitas se peleaban por atenderlo y ganar su preferencia, se convirtió en la principal preocupación de sus padres y en el mayor gasto, primero porque de pequeños son muy delicados y fue necesario conseguir un veterinario de cabecera especializado en este tipo de criaturas, y más tarde por los diez kilos de carne y pollo, los tres frascos de shampoo y de rinse de cada semana, y todo esto sin contar los gastos de infraestructura, ni los posibles, casi seguros destrozos al hogar.

Rají había llegado al paraíso sin saberlo (sabio es el animal que se hace amigo del hombre). Pasaba largas tardes jugando con sus hermanas en la colina, deslizándose, rodando hasta llegar al borde del agua. Estiraba las garritas acostado sobre su espalda, y mientras sus orejas jugaban como radares con el sol, se dejaba acariciar la peluda panza por una extraña combinación de manos y bocas frías como su nariz.

Pero tan pronto asomaron los colmillos y el contorno de su cara se llenó de una pelusa amarilla y suave, con la autorización del señor (su padre), se erigió "pachá": lo atendían desde el primer rugido o maullido ronco de la madrugada, hasta la última vuelta alrededor de la alfombra antes de acostarse, exigiendo a sus mujeres todo su tiempo y dedicación. Las comidas en la larga mesa eran un martirio: el señor, desde su puesto, pinchaba un trozo de carne roja y grande con una horqueta, Rají subía sus garras, abría las fauces, se acomodaba la res en el colmillo más grande y la mordisqueaba haciendo crujir los huesos mientras le escurría una baba caliente y olorosa. Las mujeres trataban de conservar los buenos modales, evitando respirar, ver hacia el frente, con los codos apretados contra el torso e ingiriendo pequeños bocados con forzada delicadeza; a pesar de sus esfuerzos habían adquirido ya, costumbres felinescas: sonrisas triangulares e insinuantes, los ojos antes claros y melancólicos, destellaban un fulgor cobrizo. Comenzaban a deleitarse con ese olor a sangre que abrazaba todo.

* Alumna del Centro de Capacitación Cinematográfica de la UNAM.

Su crecimiento fue espectacular y fulminante, tanto, que nubló las transformaciones de sus hermanas que, al cabo de dos años, habían llegado a un punto tan irreversible como la ya gigantesca melena de Rají, ambos casos indicaban la pubertad, amenaza acechante e indiscreta.

El señor, que hasta entonces sólo había tenido tiempo para su hijo, sintiéndose orgulloso de su virilidad amarilla y tosca, de su cara de ángel peludo, de su mirada extraviada y cobre; a pesar de que él mismo había adquirido los mismos movimientos elegantes y nerviosos, los músculos tensos y arrogantes, la cara cubierta por una barba, aunque no amarilla, bastante parecida a una melena enmarañada, comenzó a percibir en la presencia nunca obvia de Rají, en su suave caminar rasgado sobre las alfombras de los innumerables cuartos, antesalas y comedores, a un enemigo desafiante pero querido por ser (nunca nadie lo supo) él mismo.

La amenaza vibraba en el ambiente; ellos la intuían y tal vez sólo ellas la deseaban. Se fue manifestando poco a poco, se encontraba contenida, guardando fuerza, para luego patear desde el aire y romper así toda la selva petrificada y falsa, desatando por fin los instintos; un día caluroso de brisa tibia y sonora, jugaban en la piscina como tantas veces lo habían hecho. Esta vez Rají no sentía el temor y la molestia comunes, rompía el agua con sus garras, con la agresividad de querer rasgar el fondo, de querer estar en guerra; ellas más débiles y frágiles que nunca, se dejaban llevar sobre su lomo sintiendo entre las piernas ese placentero movimiento circular del agua en la piel, y luego el roce, la fricción, la fuerza, la profunda y suave melena. Casi sin pensarlo, las manos, las seis manos, tocaron sin gravedad, como siempre es en el agua, la mallá café, larga, larguísima, delineando cada músculo y era casi un sentimiento; acariciaron su pecho cóncavo repleto de pelusa blanca que, a medida que se alejaba de la cabeza, se hacía más suave y escasa; las manos subían y bajaban, formando círculos cada vez más velozmente, temiendo y conociendo el placer.

El hombre dejó el libro en el suelo, terminó su *blodymary*, y guiado por un radar, abrió la puerta que daba hacia el jardín. Entonces lo supo: Rají sacudía el agua de su majestuosa cabeza, la luz del sol caía con toda su verticalidad sobre él, atravesando el agua que centellaba en la roja melena; al terminar se lamió las garras y lo miró desafiante, coronado por el sol; junto al rey, en la pared blanca y sobre el agua, tres sombras de mujer que se alejaban.

Así comenzó la guerra en la selva, tan exactamente delimitada por las cieleras murallas de hiedra, por el laberinto alfombrado y silencioso, por los enormes espejos que ahora reflejaban extrañas figuras, siempre en movimiento y suspirando. Los largos corredores repetían lejanos rugidos, quejas golosas, agresivas conversaciones. En todas partes y en ninguna, flotaba el deseo, el olor a muerte y a sexo entre el perfume del jazmín.

A pesar de la alta construcción que virtualizaba la cima del mundo, el estado de sitio, el enemigo interno y el penetrante olor a carne, terminarían agrietando la fortaleza. La piscina nunca más se llenó de agua, el moho cubrió sus paredes; los árboles se deshicieron de sus hojas permaneciendo yertos, oscuros.

Rají tenía hambre como todos, pero cazaba pájaros que desaparecieron al llegar el invierno. Todo se cubrió de blanco y los candados y cerrojos se congelaron para no abrirse más.

Vendieron muebles, adornos y joyas, quedando el laberinto, antes ensortijado, desierto y más vasto que un páramo.

Nadie podía caminar tranquilo, salir de sus cuevas era un evidente peligro. Las mujeres abrían a veces las puertas y esperaban el ataque, atentas a cualquier pisada, a cualquier sonido. El hombre entraba con los ojos desorbitados y fulminantes. Ha-





blaba durante largas horas incoherencias. Cuando terminaba, cada vez en lapsos menos largos, comenzaba a pasar sus peludas manos por los blancos y frágiles cuerpos, los tocaba como si fueran espectros que se encendían al contacto de sus sobrecargados nervios. Las besaba, mordía, pasando su lengua en cada hendidura hasta confundirlas entre su propia melena. Un lejano rugido, que a medida que se acercaba se tornaba ensordecedor, anunciaba la guerra. El hombre tensaba sus músculos, la mirada alerta, parpadeante. Salía de la habitación con pasos cortos y rápidos, ocultándose como liebre en las columnas, recovecos y paredes, hasta llegar a su jaula.

Rajó, clavando en ellas su mirada hipnotizante, entraba; caminando pausada y despóticamente hasta el sillón destrozado en el que las mujeres desnudas y temblorosas lo aguardaban. Tomaba a la primera con las fauces, luego a las otras dos, sin prisa. Comenzaba a repasar con su melena los blancos cuerpos, luego con las garras. Los hacía rodar y estremecerse a lengüetazos largos. Entonces se estiraba montándolas, dejando caer sobre ellas la más brutal de las ternuras, los pequeños cuerpos desaparecían entre su animalidad.

El pálido sol fue lamiendo la nieve poco a poco. La muerte estrechaba su círculo amoroso. Llegaron los pájaros de noche, trayendo a cuestras una enorme luna amarilla: se instaló en la casa todo el silencio.

Por la mañana se encontraron los dos frente al único espejo que quedaba, una corta tregua; se miraron con tristeza, la imagen quedó fija en el cristal: el hombre desnudo, balanceando sus brazos con pesadumbre; el animal abriendo su boca triangular, miraba enmudecido. Las mujeres al pasar frente al espejo se sonrieron entre sí.

Por la tarde, una de esas tardes rosa-grises y pesadas, ambos se despertaron sobresaltados. El hombre intentó pensar en sí mismo al mirar sus manos animaladas, sentir su pelo enamarañado, mirar su rostro agresivo. Quiso volver a sí, sintió una gran nostalgia de ser hombre. Entonces tomó la navaja torpemente, se rasuró. Los largos pelos caían sobre sus pies. Se lavó la cara, y se vistió.

La bestia miró a su alrededor, calculando. Nerviosamente caminó por el laberinto, olfateó huellas. Sintiendo el olor de los jazmines recordó las voces de mujer, sus manos frotándolo en el agua; apresuró el paso, respirando deseo.

Al entrar, sintió un agudo dolor, tomándose la herida con las manos siguió caminando. Pudo ver a tres mujeres acariciándose. Clavó el cuchillo sobre la bestia.

Montaron sobre su lomo deteniendo la sangre con sus manos. Comenzó a cabalgar con ella por una interminable planicie de arena, único elemento que desafia al tiempo, que lo borra.